



Por Horacio Varoli

Sin domicilio

— Lo lamento señor, pero si usted vive en la calle yo no lo puedo autorizar a que retire libros de la biblioteca. Lo único que puedo hacer es permitirle leer en sala.

Daniel tomó el libro y se sentó a leer. Leyó una, dos, tres, cuatro hojas. No se sentía cómodo en sala. Se preguntaba si era cuestión de tener domicilio o si se trataba de su apariencia. Los prejuicios siempre están: que vive en la calle, que tiene aritos en las orejas, que usa barba, que no combina bien la vestimenta porque tiene un pantalón beige, un buzo deportivo verde y un sobretodo negro, que puede ser un ladrón. Y existen muchos más.

Lo cierto es que así no podía concentrarse en la lectura. A él le gusta leer acostado, antes de dormir. Sólo de esa manera está tranquilo, en silencio, sin nadie que lo moleste, que camine a sus costados o que esté charlando bajito. De pronto se le prendió la lamparita: en un descuido de la funcionaria manoteó un libro que había sobre la mesa. Devolvió el que estaba leyendo, dio las gracias y se fue.

A los dos días, de mañana, temprano, volvió a la biblioteca. Caminó hacia el mostrador, saludó y preguntó si el libro que traía en la mano era de allí. Le respondieron que sí, que tenía el sello que lo identificaba. Daniel sabía que diciendo la verdad podía ganarse la confianza de las funcionarias. Y así lo hizo. “El otro día no me permitieron llevar un libro porque no tengo domicilio. Yo sé que estuve mal porque éste lo agarré a escondidas y perfectamente me lo pude haber robado. Pero hoy vengo a devolverlo para demostrarles que mi intención no es mala; que realmente quiero leer y devolver”.

Las funcionarias lo escucharon en silencio. No lo interrumpieron en ningún momento. Daniel les habló con respeto y demostrando sinceridad. Usó un vocabulario completo, con palabras que rara vez se escuchan entre las personas que viven en la calle. La explicación les resultó convincente: ahora, en su mochila, tiene dos libros de esa biblioteca. Uno es *Historia de Escritores*, de Daniel Lares; el otro, un policial escrito por Georges Simenon.

El interés de Daniel por la lectura no es común entre la gente que está día y noche en la calle. Son excepcionales los que leen con la constancia que él tiene. Además, le gusta aprender sobre técnicas literarias y en más de una oportunidad participó en

- ¿Nombre?
- Daniel G., señorita.
- ¿Edad?
- 53 años.
- ¿Domicilio?
- No, domicilio no tengo. Lo que pasa es que yo vivo en la calle.

Horacio Varoli::
Licenciado en
Comunicación Social.
Periodista.

concursos de cuentos cortos. Se considera atípico por ese aspecto. También por tener educación terciaria completa. Dice que es licenciado en Historia del Arte, educador sexual y cocinero. “Mirá que no creo ser el único que tiene educación terciaria y está en la calle, pero no es la mayoría. Tal vez no tengan estudios curriculares, pero sí un nivel intelectual. Como yo le llamo: son gente pensante”.

Como casi todos los días, a las 20.15 horas llegó a la panadería que está en la esquina de Canelones y Florida. A las 21, antes de cerrar, regalan pan y bizcochos. Pese a que todavía era temprano, en la fila había más de veinte personas. Entre ellas estaba Charly, uno de los personajes más conocidos en la calle que achica (pasa las noches) justo enfrente a la panadería, en un edificio abandonado que nunca se terminó de construir y que corre peligro de derrumbe. Es un veterano muy pintoresco: petiso y flaco, usa un gorro de lana para soportar el frío invernal, un pantalón deportivo verde, zapatos negros y una campera a cuadros. También usa una bufanda azul tan grande que no sólo le da por lo menos tres vueltas al cuello, sino que una punta casi toca el suelo.

Para Daniel, Charly es parte del folclor de la calle, pero sobre todo un buen tipo. “¿Qué es ser un buen tipo en la calle? Por ejemplo, no guardarse información”. Se refiere a que hay personas sin techo que no dicen cuáles son los puntos para conseguir comida o ropa, porque tienen miedo que otros les quiten un lugar en la mesa o una buena prenda. Esta vez, Charly tampoco se guardó nada. Daniel no sabía dónde podía cenar un plato de comida caliente. Era martes y el pique (lugar que conoce para satisfacer una necesidad) que tenía ya no funcionaba más. Charly no demoró en sugerirle un lugar: “en la Intendencia pasa una camioneta a las 22.30. Andá para ahí”.

Los sitios donde ofrecen comida cambian de acuerdo a los días de la semana. Por ejemplo, los lunes, miércoles y viernes se puede almorzar en la Congregación Capuchinos; hasta hace un tiempo, hubo un comedor que funcionaba los martes y jueves a la noche en la Iglesia Metodista del Uruguay. Así, entre cambios y nuevos lugares, cada persona debe armarse la semana. Los que tienen más años en la calle, como Charly, dominan a la perfección la dinámica y tienen piques casi desconocidos: como que en la pizzería *El Subte*, en la calle Ejido, a las dos de la mañana regalan los restos y recortes de la pizza del día.

Con la ropa sucede lo mismo. Las iglesias son las que más donan. En la Catedral, en Don Bosco los jueves, en los Capuchinos el último miércoles de cada mes. También el Templo Inglés es un lugar tradicional para conseguir prendas de vestir. “Hay gente que va, levanta ropa y después la vende. Se queda con algo que le sirve o se lo vende a alguien de la calle. Lo transan. Y hay gente que pide lo que necesita. Vos ves la tendencia: hay gente que acumula cosas y hay gente que anda con lo mínimo imprescindible. Yo soy uno de esos”.

A la hora indicada, la fila de la panadería comenzó a moverse. Eran casi treinta las personas que esperaban. Cada uno con una bolsa de nylon en la mano fueron entrando y salieron comiendo. A Daniel le tocaron bizcochos de anís, pan con grasa y alguna galleta dulce. Más o menos lo mismo que a todos. Manoteando y llevando a la boca la comida que había en la bolsa, caminó hasta la Intendencia Municipal de Montevideo para esperar la camioneta.

— ¿Te preocupa que te vea algún conocido, alguien que fue compañero tuyo en otra época o algo así? Me refiero a si tenés en cuenta el “qué dirán”.

— Sí. Especialmente cuando recién me empecé a quedar en la calle. Una ex novia, por ejemplo. Una mujer que te conoció de otra forma y hoy te ve haciendo una cola para pedir pan. Te pasa, pero tenés que vencer un poco eso. Yo no pienso en el “qué dirán” o por lo menos me preocupó lo menos posible. La gente que he encontrado ha entendido perfectamente mi situación. La gente que realmente me importa es la que no me va a juzgar por eso, y los considero con una sensibilidad tal que van a entender. Y no me da vergüenza. Uno, a lo que tiene que adaptarse es a ver cómo mira el mundo y cómo el mundo lo mira. Las perspectivas cambian. Por ejemplo: te morís de ganas de fumar y hay una chica en la parada del ómnibus, y al lado un cigarrillo al que alguien le dio una pitada y lo tiró. Y te cohibe, pero te morís de ganas de fumar. Entonces, yo de repente espero a que se vaya la muchacha para agarrarlo. Eso quiere decir que en algún lado te interesa la opinión de los demás. No lo agarrás enseguida, pero esperarás. Ahora, con el tiempo te vas acostumbrando, y en mi caso me ayudó mucho la idea de “hacerme invisible”. Vos dirás que estoy al borde de la paranoia, pero te ayuda muchísimo decir “yo soy invisible. Nadie me está viendo”. Cuando te acostumbrás a esa idea es todo mucho más fácil. ❖❖

Extracto de la memoria de grado *Los “sin techo” de Montevideo*, que el autor presentó para obtener su título de Licenciado en Comunicación Social en la Universidad Católica del Uruguay (UCU). Con el título *24 horas con Daniel G* y editado por sus tutoras, Silvia Soler y Silvana Tanzi, fue publicado un fragmento en el que el autor relata lo que sucedió durante 24 horas a la intemperie con un “sin techo” de nuestro país (Cuadernos de Comunicación Social, número 1, UCU, noviembre 2006).

Foto P. P.